

Foro Anual de Economistas Madrid, 20.05.16

Agradezco sinceramente la invitación de este prestigioso foro para hablar del euro; de la entrada de España en la Moneda Única, y de sus implicaciones.

Fue durante mi primer mandato como presidente del Gobierno cuando los españoles decidimos dar ese paso. Y fue también entonces cuando lo dimos. Cosa que no era evidente que se pudiera hacer, y cosa que muchos pensaban que no se podía hacer. Incluso que no se debía intentar hacer.

Yo tenía muy claro que para España formar parte de los países fundadores del euro era una oportunidad única que no se podía desaprovechar. La oportunidad de estar en primera fila de la historia, por primera vez en muchos años.

No estuvimos en las grandes decisiones que ordenaron el mundo después de la Segunda Guerra Mundial. No estuvimos en la fundación del sistema de Bretton Woods. Ni en la fundación de Naciones Unidas. Ni en la de la OTAN. Tampoco en la de las Comunidades Europeas.

Nuestra oportunidad era, por tanto, llegar a tiempo y protagonizar un momento clave de la historia de Europa. Y, si teníamos ambición de país –y la teníamos- debíamos estar en el momento fundacional del Euro.

Por eso me gustaría comenzar exponiendo algunas consideraciones rápidas que el proyecto europeo merece. Una declaración de adhesión europeísta que su debilidad actual nos reclama.

La primera es que soy un firme defensor de la Unión Europea como proyecto compartido de paz, democracia, libertad y prosperidad. Entiendo y aprecio su sentido histórico profundo, y cualquier reflexión sobre él la realizo siempre sobre esta base de europeísmo consciente.

Para mí, la Unión Europea representa la victoria de la reconciliación sobre el conflicto; de la democracia frente al extremismo político; de las alianzas y la colaboración frente a la división y las disputas. El proyecto europeo es, antes que cualquier otra cosa, un hecho moral excepcional en la historia europea y mundial.

En segundo lugar, creo que Europa ha desempeñado un papel fundamental en el progreso y el avance de la civilización mucho más allá de sus fronteras originales. La promoción y la defensa de los derechos humanos y de las libertades; la separación de poderes; los conceptos de ciudadanía y pluralismo político han guiado sus pasos durante mucho tiempo.

En buena medida, el proyecto europeo marcó el camino para nuestro proceso de democratización, exigiendo la acreditación de transformaciones políticas reales que sólo después de las elecciones de 1977 fueron aceptadas, abriéndose entonces y solo entonces las negociaciones para nuestra adhesión.

Hoy conviene recordar esta capacidad transformadora del proyecto europeo, que operó también en Europa del este después de 1989, pero a la que actualmente, en ocasiones, parece haber renunciado. La Unión proyectó hacia el exterior su fuerza interior, pero hoy, en ocasiones, proyecta también su desorientación y su parálisis.

Finalmente, me parece muy necesario recordar que a España le sienta muy bien Europa. La historia económica de España desde mediados del siglo XX hasta la fecha es una historia de éxito. De hecho, es uno de los procesos de convergencia más exitosos de todo el planeta. Y en ese avance la Unión Europea ha jugado un papel esencial.

Los momentos en los que España ha logrado dar saltos cualitativos en su desempeño económico coinciden con procesos de apertura de la economía y de reformas económicas liberalizadoras. Cada vez que hemos sido fieles al proyecto económico europeo –aun cuando eso haya exigido sacrificios- hemos salido ganando.

Por tanto, inicio esta intervención afirmando mi europeísmo, afirmando mi deseo de que Europa influya más e influya bien, y afirmando sin la menor duda que la mejor España es una España no ya europea sino militantemente europeísta.

No cabe duda de que la incorporación de España a la moneda única fue uno de esos momentos clave para nuestro país a los que acabo de referirme.

El euro tenía y tiene sentido económico y sentido político. Zanjó el riesgo de desintegración europea que ocasionó la reunificación alemana. Y zanjó también la tentación de que lo anterior se hiciera al precio de asumir una Europa de dos velocidades, que habría supuesto un golpe muy duro para España. Y debo decir que en esto último, el papel de España fue decisivo.

Un papel “político”, derivado de la decisión “política” de estar en el euro desde el principio y de estar con todas las consecuencias. Por tanto, algo que pudo no haber ocurrido si se hubiera decidido otra cosa. No todo el mundo estuvo de acuerdo con esa decisión, pero esa fue la decisión del Gobierno.

Hoy, a la vista de los hechos, cualquier ejercicio contrafactual ilumina aún más la importancia de ese acontecimiento para la economía y para la sociedad española.

Para España el euro representó una ambición común capaz de movilizar todas las capacidades del país. Fue una ruptura con el pesimismo. Revitalizó un europeísmo español que los estudios sociológicos situaban en su mínimo histórico a mitad de los años noventa. Dibujó un horizonte claro que guiaba la acción política por cauces predecibles y llenos de sentido nacional.

Por eso, porque se comprendió la dimensión histórica de aquella encrucijada y se ofreció a los españoles la oportunidad de recuperar el tiempo perdido, la España de 2004,

cuando dejamos el Gobierno, era estructuralmente –y hasta hoy- bien diferente a la de 1996, cuando llegamos.

- Hoy España dispone de una renta muy superior a la que había en 1996. Pero es que en solo ocho años, entre 1996 y 2004, España ya había recorrido gran parte de ese camino, situándose en el 90% de la renta de la UE.
- Y en esos mismos años se crearon 5 millones de empleos nuevos en España. Por eso hoy contamos con una fuerza de trabajo que en los peores momentos de la crisis ha consolidado un suelo de 17 millones de personas trabajando. Esto después de 20 años sin crear empleo neto.

El euro ha permitido dar un nuevo salto cualitativo a la economía española. Ha permitido ensanchar las capacidades productivas, de financiación y de internacionalización hasta límites que no habríamos alcanzado nunca sin él.

A raíz de la crisis económica no han sido pocas las críticas que se han vertido sobre los errores de diseño del euro. No estoy de acuerdo. Al menos, no del todo.

A mediados de los noventa, todos teníamos claro quién era Mundell y sabíamos que la zona euro no era un área monetaria óptima.

Pero el euro respondía a un argumento sencillo. Un área integrada comercialmente, con plena libertad de movimiento de personas y capitales, como estaba diseñada y aspiraban a compartir los países miembro, se beneficiaría de una moneda única.

Se reducirían los costes de transacción. Se eliminaría la incertidumbre asociada a la gestión del tipo de cambio. Y, sobre todo, se incrementaría el acceso a la financiación, aumentando de esta forma el potencial de crecimiento de cada una de las partes y del conjunto.

Y todo esto lo hemos tenido.

El problema no ha estado ahí. El problema ha sido considerar el euro como un punto de llegada, cuando en realidad era y es un punto de partida. Un punto de partida que exige mantener compromisos que han sido reiteradamente ignorados.

Para que las ventajas del euro se consolidaran en el tiempo era preciso mantener los compromisos de disciplina presupuestaria y de reformas económicas para generar crecimiento y para suavizar el impacto de las crisis.

Pero cuando la coyuntura no acompañó a principios de siglo, Francia y Alemania quebraron el Pacto de Estabilidad. Y a la vista de ello, el resto de países, entre ellos España, paralizaron las reformas económicas exhibiendo los buenos resultados de un ciclo económico que estaba llegando a su fin.

La pérdida de prestigio del proyecto europeo es el resultado de ese error. Se ha abandonado el modelo que estaba en los Tratados fundacionales de la UE, al que el euro tiene que servir como pilar fundamental.

La gestión económica de la crisis ha estado centrada en reforzar la arquitectura del euro, sus defensas ante futuras crisis. Eso está bien, yo lo valoro. Pero los nuevos mecanismos de estabilidad, para compartir riesgos y de coordinación de políticas económicas quedarán en nada si no se acompañan de la voluntad política necesaria.

Estoy convencido de que la Unión Bancaria constituye un paso fundamental y obligado –aunque lento- para la consolidación definitiva del euro a escala global. El simple hecho de que exista es un mensaje claro de compromiso y continuidad.

Sin embargo, todas estas medidas comparten un sesgo defensivo que no remedia la incapacidad estructural de Europa para generar crecimiento económico sólido y, con él, empleo de calidad.

El euro no puede ser la moneda de una fortaleza. El euro debe ser parte de la respuesta de Europa a la globalización, en la que, por cierto, el TTIP debe jugar un papel fundamental.

Europa sufre estructuras rígidas lastradas por un peso excesivo del sector público. Por un modelo de bienestar que ha privilegiado los derechos de unos frente a las obligaciones de todos. Que oscurece la responsabilidad personal en las decisiones esenciales sobre el futuro que se desea.

Hoy hay dos debates abiertos que nos alejan de las soluciones a estos problemas. Dos debates que es necesario concluir cuanto antes. Uno afecta al falso dilema entre disciplina y reformas, por una parte, y crecimiento, por otra. El otro a las cesiones de soberanía necesarias para que el modelo europeo pueda funcionar.

Pues bien, quiero decir que la presunta incompatibilidad entre disciplina y crecimiento económico es un debate ideológico, no económico. Es un debate real, pero no lo es en el plano de la economía. Un debate avivado por las posiciones de alguna izquierda europea, empeñada en hacer de quienes defienden los compromisos adquiridos algo así como “criminales sociales”.

Pero la realidad es que el crecimiento económico obedece a razones y no a conjuros contra la evidencia empírica.

Y quiero recordar el ejemplo que mejor conozco: entre 1996 y 2004, el esfuerzo necesario para entrar en el euro no sólo no fue incompatible con el fortalecimiento del modelo de bienestar en toda su extensión, sino al contrario. Todos los indicadores acreditan que el control de las cuentas públicas, la disminución hasta cero de la prima de riesgo y el cumplimiento de los criterios de convergencia coincidieron con el mejor momento de nuestro modelo de bienestar, incluida la garantía de la solidaridad entre generaciones.

Insisto: hay que volver a tomar en serio la disciplina y las reformas, también como política social.

La apelación constante y creciente al crédito coloca a la economía ante uno de los muchos riesgos que acechan la estabilidad mundial y que pueden ser el detonante de una reacción violenta en los mercados. Tenemos demasiado recientes las consecuencias de la crisis de financiación que sufrimos en 2012 como para que este no sea un argumento de peso a la hora de actuar.

Desde el punto de vista económico, político y social, cualquier país cuya deuda supera el 100 por ciento de su PIB se adentra en una espiral de problemas de todo orden de la que es extremadamente difícil salir. Esto es, me atrevo a decir, difícilmente discutible.

Quiero decirlo con toda claridad: relajar la corrección del déficit público es un error. Y aceptar la oposición entre disciplina, reformas y crecimiento es un error muy grave. Económico y político.

Y aún voy a ser más claro en esto: el déficit público no crea empleos. Todos los empleos soportados por el déficit y no por reformas económicas se irán con el ciclo económico. Y por supuesto el déficit se quedará.

La economía española está en un buen momento. El ciclo económico es favorable y está potenciado por fuertes vientos de cola de sobra conocidos. Los objetivos de déficit probablemente se podrán cumplir por el mero incremento de los ingresos cíclicos.

Por eso, precisamente ahora, en mi opinión, España debe mantener e incluso acelerar el proceso de consolidación fiscal. Y debe hacerlo a través de una reducción del gasto público, sin confiar simplemente en el crecimiento de los ingresos públicos cíclicos.

El momento actual es idóneo para poner en marcha un proceso de consolidación fiscal expansiva como el que operó en España entre 1996 y 2004.

Un proceso de sustitución de gasto público por gasto e inversión privadas que permitió a España elevar significativamente su potencial de crecimiento económico, antes de la parálisis reformista que vino luego.

Un proceso que puso en marcha un círculo virtuoso de cinco millones de empleos nuevos y un incremento muy significativo de las bases fiscales sobre las que sustentar la consolidación fiscal.

España tiene margen para una consolidación fiscal expansiva. Sería un error histórico mantener el parón reformista en el que permanecemos desde hace ya demasiado tiempo. No hacer ahora nada dejaría sin efecto los esfuerzos que sí se han hecho en los últimos años.

Algo similar ocurre con la permanente apelación a la federalización de la Unión Europea.

Hoy, ante la profunda crisis que sufrimos, algunos promueven desesperadamente una rápida unificación fiscal y política de los Estados de la Unión. No es nuevo. Se hizo en los años ochenta, afortunadamente sin éxito.

Pero no existe base jurídica alguna en los tratados que permita adentrarse en ese camino; ni podemos ignorar las constituciones en vigor; ni las innumerables objeciones políticas, institucionales, culturales e históricas que desaconsejan ese tipo de aventuras.

La unificación política no asegura nada en materia económica, si es que lo que se espera de esa unificación es que nos genere crecimiento y empleo. Me permito recordar una obviedad: Grecia es un Estado perfectamente unificado políticamente.

El problema no es la unificación política. El problema es gobernar mal la economía; es gastar demasiado y sin sentido; es haberse apartado del Pacto de Estabilidad y Crecimiento originario; es haber traicionado los compromisos del euro.

Hay que hacer reformas profundas. Y nadie puede sustituir la responsabilidad de los Gobiernos nacionales. Tenemos un formidable problema de opinión pública que sólo puede resolverse con un debate abierto en el seno de cada país acerca del modelo social posible, de sus costes y de sus beneficios.

No existe ningún modelo de Unión Europea que haga irrelevante el comportamiento de los actores implicados. Ni que neutralice los efectos electorales adversos que la responsabilidad puede tener en el corto plazo.

El buen gobierno sólo puede ejercerse en el seno de los Estados y en sistemas electorales competitivos. Son ellos los que cuentan con la legitimidad y con la lealtad indispensable para llevar adelante las reformas.

Dicho de otro modo: no necesitamos federalizar nuestros problemas, lo que necesitamos es encontrar el modo de hacer lo que debemos hacer. Y eso, según mi experiencia, se llama hacer política. Hacerla persuasivamente. Hacerla mejor que tu adversario.

Es el momento de empezar a hacer verdadera política sobre Europa, pero de hacerla en cada país.

Europa tiene que cambiar de discurso. La Europa del euro útil, dinámica, competitiva y presente en el mundo requiere otros debates, otras ambiciones, otros liderazgos.

Es imperativo y urgente acabar con la desubicación estratégica que asola la Unión Europea. La supervivencia del proyecto europeo pasa por fijar un horizonte ambicioso pero realizable en el que los ciudadanos europeos puedan depositar sus ilusiones y sus esperanzas.

Como hace cincuenta años, se trata de buscar el modo de proteger simultáneamente el carácter liberal de nuestras sociedades y de nuestras instituciones; de ganar competitividad para generar empleo y progreso real en una economía global cada vez más abierta y más exigente; de renovar y fortalecer el modelo europeo de bienestar sobre bases justas y realistas; y, finalmente, de hacernos cargo de nuestra seguridad de forma responsable y previsible.

La gestión política de la crisis económica, en prácticamente todos los países del euro, ha dejado como consecuencia más visible una sima entre los ciudadanos y el poder político. Un enorme poso de desafección y desencanto que se está organizando políticamente.

De cómo se gestione este problema dependen en gran medida el futuro del euro y de la Unión Europea y, con ellos, buena parte de nuestras oportunidades de bienestar y prosperidad futuras.